

EL CUERPO QUE SUBRAYA:
IMÁGENES DE AUTORIDAD
E INFLUENCIA MATERNA
EN FUENTES MEDIEVALES.

María del Carmen García Herrero



En este trabajo¹ me propongo escribir sobre autoridad e influencia materna en el seno de la relación establecida entre la madre y su hijo varón, un vínculo amoroso que Luisa Muraro destacó como el bien más precioso ypreciado de la sociedad patriarcal.² En este contexto relacional me acercaré a la exhibición del cuerpo materno como fuente de la que emanan autoridad e influencia reforzadas mediante gestos que agrandan el valor de las palabras o las sustituyen cuando no queda lugar para la elocuencia. Utilizaré textos e imágenes medievales de diversos tiempos y procedencias.

Para ello, antes, intentaré mostrar lo que entiendo por poder, autoridad e influencia –que no utilizaré como sinónimos–, pues intuyo que al ahondar en estos conceptos se encuentran claves que permiten comprender algo mejor la Historia.

1. Este trabajo se ha beneficiado del Proyecto Coordinado I+D con código BHA 2001-3593-C03-03 con fondos del Ministerio de Ciencia y Tecnología y FEDER.

2. Luisa MURARO, *El orden simbólico de la madre*, Madrid, horas y HORAS, 1994, p. 13. Mi trabajo enraza en los fundamentos antropológicos y psicológicos de la formación Personalidad y Relaciones Humanas (en adelante PRH), si bien yo sola soy responsable de los posibles errores finales de interpretación.

Como en los largos recorridos con retorno, el viaje se iniciará reparando en el cuerpo de la Virgen María, luego se procederá al análisis de las fuentes y finalmente se volverá al cuerpo mariano, lugar de partida y de llegada.

A Cristina de Pizán, la genia del siglo XV, le llamó la atención un pasaje evangélico que a mí me fascinó durante toda la infancia porque no podía comprender la respuesta de Jesús. Me refiero al momento en el que una mujer anónima tomó la palabra vigorosamente y proclamó al ver al Hijo del Hombre: *¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!*, a lo que Jesús respondió: *Di mejor dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan.*³

Mi asombro reiterado ante la contestación del Nazareno se producía porque yo, niña, tenía la impresión de que Jesús no había escuchado bien lo que la mujer expresaba que, a mi juicio, era extraordinariamente bello. Quizás todo se suscitaba porque no entendía la respuesta del Maestro, el diálogo en sí, y notaba esa cacofonía de melodías desaparecidas que no vienen a cuento y que, como explican Ginzburg y otros autores y autoras, puede ser resultado del desencuentro o choque de distintas culturas o de diversos regímenes de mediación

3. Lucas, 11, 27-28.

cultural.⁴ Por su parte, en *La ciudad de las damas*, Cristina de Pizán remite a la voz femenina que se atrevió a existir y al contenido del grito, pero omite referencias a la contestación de Jesús.⁵

El vientre dichoso en el que se encarnó Dios sin intervención de varón, tomando toda la carne de su Madre, y los pechos dichosos de cuya leche se nutrió el Niño física y espiritualmente, son dos lugares santos y, a decir de quienes escribieron en la Edad Media, manantiales inagotables de autoridad e influencia materna. Retendremos, pues, esta imagen y volveremos a este aspecto potente y feraz de la cultura occidental más adelante. Ahora trataré de explicar –lo mejor que sepa y pueda– lo que entiendo por poder, autoridad e influencia, ya que en mi texto las palabras, tan próximas, no son intercambiables y su diferenciación resulta necesaria.

Al nombrar poder hago referencia a la capacidad de una persona o de un grupo para establecer normas, vigilar el cumplimiento de las mismas, y sancionar a quienes se desvíen, transgredan o rompan lo fijado como leyes.⁶ Creo que

4. Desencuentro que Carlo GINZBURG enfatiza en la introducción de su obra *El queso y los gusanos*, Madrid, Muchnik, 1996, y desencuentro que se rastrea también en las imágenes que sobre Antona Sanz sostienen el merino (la autoridad competente) y sus vecinos y vecinas, M^a Carmen GARCÍA HERRERO, “Una burla y un prodigio. El proceso contra La Morellana (Zaragoza, 1462)”, *Aragón en la Edad Media*, XIII (Zaragoza, 1997), pp. 167-194.

5. Cristina de PIZÁN, *La ciudad de las damas*, edición a cargo de M^a J. Lemarchand, Madrid, Siruela, 1995, p. 29.

6. El establecimiento de las leyes o normas como característico del poder es enfatizado por Lia CIGARINI en “La autoridad femenina.

lo muestra con mucha claridad Withold Kula cuando habla de la soberanía metrológica y del afán repetitivo de los vencedores por imponer su sistema de pesos y medidas a los pueblos sometidos: un paradigma del ejercicio del poder.⁷ Así en la fijación de la ley, el control para garantizar el acatamiento de la misma y el castigo a quienes no la sigan radica lo característico del poder.

El poder, como tal, puede ejercerse con o sin autoridad, con o sin influencia, y de ahí gran parte de la miseria de los poderosos desautorizados, puesto que han de recurrir a la violencia del tipo que sea para imponer sus dictados y personas, ya que no son reconocidos por muchos de aquellos a quienes mandan, sus súbditos y súbditas.

Cuando hablo de autoridad pienso en reconocimiento y también en sabiduría y ejemplo. Concedo autoridad a quienes veo modélicos en uno o varios aspectos –al margen de que lo sean o no lo sean– y creo capaces de enseñarme algo que considero bueno y valioso para mí en el campo que fuere. Doy autoridad a quienes me despiertan un sentimiento de admiración y respeto, me muestran formas de ser, estar o actuar en el mundo que me movilizan no tanto para que les calque, les imite o les siga, sino para que sepa que “hasta ahí se puede llegar”, que es posible.⁸

Encuentro con Lia Cigarini”, una entrevista de febrero de 1991, que puede leerse en castellano en *Duoda*, 7, (1994), pp. 55-85.

7. Withold KULA, *Las medidas y los hombres*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

8. Esta idea de “hasta ahí se puede llegar” se la escuché a María Felicidad Álvarez, formadora PRH e investigadora, en el curso “Profundización en el Análisis PRH”. En este punto es fácil



Matanza de los Inocentes, particular. Saboya, Saint Martin de Aime.

Otorgo autoridad a quienes me estimulan para que sea yo y dé mi fruto –o lo que estimo como tal–, y lo hago independientemente de que estas personas vivan aquí y ahora o lleven ya mucho tiempo muertas.

En mi caso, por ejemplo, autorizo a la mencionada Cristina de Pizán porque, entre otras cosas, me ha enseñado a ampliar, flexibilizar y profundizar mi mirada sobre las mujeres –incluso cuando veo con sorpresa a aquellas a las que no entiendo–. Concedo autoridad a la escuela *Personalidad y Relaciones Humanas* (PRH en adelante) porque, entre otros bienes, me ha brindado una herramienta extraordinaria y sencilla: el método de análisis de mis sensaciones de contenido psicológico, que reconozco uno de los saberes más importantes de mi vida adulta. Y siento autorizada a mi madre sin cuyo amor y cuidado yo no estaría en el mundo y no podría hablar –una desdicha que no alcanzo a imaginarme–. Debo a mi madre y a mi padre el cuerpo,⁹ y a mi madre el apren-

comprender la soledad y orfandad que se produce cuando faltan genealogías femeninas, modelos vitalizantes en los que es posible ver reflejos de las propias aspiraciones y posibilidades y, por lo tanto, creer con mayor seguridad en ellas. Pienso, por ejemplo, que no es casual que la hija de Mme. Curie fuera también premio Nobel.

9. El tema de la participación de la sustancia materna y paterna en la configuración de la futura criatura es asunto que requiere otras páginas (aún en elaboración) y que recorre el debate de la *Querrela de las Mujeres*. Anticipo que encuentro en este punto una de las tomas de postura más claras que permiten detectar la misoginia o actitud profemenina de los varones. Autores proclives a las mujeres como Rodríguez del Padrón subrayan la aportación femenina en la formación de la criatura, mientras que las posiciones misóginas, ancladas en Aristóteles, entre otros autores, menosprecian la parte de la

dizaje de la lengua materna, regalo tan grande y hermoso que el mero hecho de nombrarlo me conmueve.¹⁰ Las filósofas y pensadoras de la diferencia sexual llevan tiempo realizando una indagación constante sobre la autoridad y libertad femeninas y sobre la autoridad materna, cimentada en la entrega del cuerpo y de la palabra.

Muy cerca de la autoridad, y asiduamente entrelazada y confundida con ella, se encuentra la influencia.

Al escuchar y leer lo que André Rochais y las investigadoras e investigadores de PRH han descifrado sobre el fenómeno de la influencia encuentro explicaciones que ensanchan mi horizonte y me permiten reflexionar desde nuevos ángulos y con nuevos matices sobre la autoridad y el poder en la Historia.¹¹

En PRH sitúan en la base de la vida relacional la clave explicativa de las *aspiraciones* y de las *necesidades*, una aportación muy lúcida que facilita la comprensión de los intercambios humanos. Entienden por *aspiraciones* los impulsos y movimientos que provienen del *ser*, palabra que en esta escuela nombra el núcleo sólido y positivo de la per-

madre, reducida en ocasiones casi a mero receptáculo de la generación del padre.

10. De nuevo he de remitir a la obra citada de Luisa MURARO, *El orden simbólico de la madre*, un libro cuya lectura siempre me resulta sugerente.

11. Fundamentalmente voy a hacer referencia a la obra colectiva realizada por PRH-Internacional, *La persona y su crecimiento. Fundamentos antropológicos y psicológicos de la formación PRH*, Madrid, PRH, 1997. Utilizo, sobre todo, las páginas 140-141 así como el Glosario final del libro. En pp. 182-187 se aborda la vivencia interior global y las potencialidades y límites durante la infancia.

sonalidad.¹² En el ser existen potencialidades que tratan de actualizarse y que son detectadas mediante la captación de aspiraciones profundas y constructivas: aspiración a amar gratuitamente, aspiración a crear, a ser uno/a mismo/a, a relacionarse libre y armoniosamente, etc.

Pero, por otra parte, en las relaciones se ponen en juego también las *necesidades*, bien sean del cuerpo, de la sensibilidad o de la mente.

A su vez, en cada una de estas instancias –cuerpo, sensibilidad, intelecto– se distinguen dos tipos de necesidades a las que PRH nombra *necesidades normales* y *necesidades en vacío*. Las necesidades normales –por ejemplo, necesidad de amar y ser amado/a, de seguridad, de reconocimiento, de libertad, etc.– existen durante toda la vida y su frustración puede ser gestionada apaciblemente hasta cierto umbral.

En cuanto a las *necesidades en vacío* fueron necesidades normales en el punto de partida, pero entonces no se vieron satisfechas en la medida o del modo que la persona precisaba, de manera que se han agrandado y exacerbado por las frustraciones derivadas de estas carencias iniciales y también de “accidentes” del camino hasta llegar a convertirse en necesidades tiránicas en la búsqueda de satisfacción. El intento de colmar estas *necesidades en vacío* embarca en un viaje abocado al fracaso: apenas dura la satisfacción aparente de las mismas y tarde o temprano se necesita más –más amor, más reconoci-

miento, más seguridad, más muestras de confianza, más admiración, más escucha, etc.–.

De algún modo podría ilustrarnos la imagen, también de PRH, de verter agua en un recipiente cuyo fondo estuviese agujereado: por mucho que fuera el líquido depositado, la fuga permanente del mismo por los agujeros impediría que el recipiente se colmase o permaneciese lleno. Así, por poner un ejemplo habitual, encontramos personas a quienes todo reconocimiento parece insuficiente y no pueden tolerar la mínima desatención o crítica o lo que viven como tal, incluso aunque no lo sea, pues el hecho de negar –ante sí y ante los demás–, de saber ocultar o disimular el dolor suscitado por la no obtención de lo que se desea no significa la inexistencia de éste.¹³

La *aspiración*, impulso o movimiento enraizado en el ser, cuando no se encuentra parasitada por necesidades, es una flecha recta que se realiza cumpliéndose –encarnación y donación de sí–; la necesidad, ya sea normal o en vacío, es una flecha que curva su trayectoria y vuelve al punto de origen, puesto que *se espera una respuesta* de los y las demás. La persona busca retribución en el otro/a o los otros/as, y si la necesidad no es satisfecha como le gustaría –cuando no se siente amada, reconocida, comprendida, valorada, atendida, o lo que quiera que fuese lo que aguardara y cómo lo desease– deviene una frustración, tanto más intolerable cuanto mayor fuera lo esperado.¹⁴

13. PRH sostiene que estas necesidades tiránicas pueden curarse, pero no satisfacerse.

14. Vid. en *La persona y su crecimiento* el cuadro recapitulativo inserto en la p. 187.

12. Una realidad conocida y nombrada de diversos modos por diferentes hombres y mujeres, escuelas y corrientes filosóficas y psicológicas.

¿Quiénes gozan de influencia ante nosotros? Adquieren influencia los grupos y las mujeres y hombres capaces –o que creemos capaces, aunque no lo sean– de ayudarnos a encarnar nuestras aspiraciones, actualizar nuestras potencialidades, y capaces también de responder a nuestras necesidades. Estas personas importan mucho, no resulta indiferente lo que piensan, sienten o dicen de nosotros y nos afecta su comportamiento y cómo nos tratan. Influyen porque pensamos que pueden sustentar y apoyar nuestras aspiraciones y talentos, y porque satisfacen en mayor o menor medida, pero en grado suficiente, nuestras necesidades, o bien, si no lo hacen, creemos que podrían llegar a hacerlo si quisieran.

Nos influyen aquellos y aquellas a quienes apreciamos y aquellos cuyo aprecio deseamos o creemos necesitar.

En sus análisis sobre la vida grupal, PRH ha abordado explícita y largamente el fenómeno de la influencia para concluir que en un grupo posee la capacidad de influir toda persona que responde a las aspiraciones y a las necesidades del grupo en su conjunto, de parte del mismo o de alguna o algunas de las personas integradas en él. Se dice textualmente: “En contrapartida [el grupo] le ofrece su confianza y le da un poder, poder que ella [la persona] conserva sólo en la medida que el grupo está satisfecho en sus aspiraciones y necesidades. Este poder no está ligado al poder jerárquico”.¹⁵

La distinción establecida entre “un poder” y “el poder jerárquico” es importante, pues el uso del artículo indeter-

minado –un poder– remite a cierta manera de poder que no se corresponde exactamente con el que hemos definido anteriormente –poder jerárquico–, de manera que puede ser influyente al quien que oficialmente no es poderoso.

Sospecho que la cultura dominante del Occidente bajomedieval, en líneas muy generales que requerirían matización, soportó mal que las mujeres ejercieran el poder, ofreció resistencias para aceptar con sencillez la autoridad y creatividad proveniente de mujeres –las estrategias de desautorización y desprestigio llegan a aburrir por monótonas, aunque asombran por su capacidad para permanecer¹⁶ y reproducirse– y fue mucho más tolerante en materia de influencia femenina, siempre que ésta se mantuviera más o menos velada, en la sombra, limitada, y no alterara en demasía lo puesto o impuesto como “orden”. Aun hoy a muchos varones no les cuesta reconocer esa afirmación que suele formularse con frases del tipo: detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer.

Con frecuencia me pregunto, aunque todavía no he obtenido una respuesta global y menos aún definitiva, si en las satisfacciones que conlleva la influencia, que pueden ser muchas y no desdeñables, no radicarán una de las causas de la aceptación del “orden” im-

16. Cuando pienso junto a la Dra. Dolores Sánchez González, por ejemplo, que los argumentos para desautorizar el bordado y la observación astrofísica (dos actividades realizadas mayoritariamente por mujeres) son casi idénticos, nos asombra su eficacia. Sobre estrategias de desprestigio en materia de creación artística de mujeres, *vid.* Bea PORQUERES, *Reconstruir una tradición. Las artistas en el mundo occidental*, Madrid, horas y HORAS, 1994.

15. *Ibidem*, pp. 231-232.



Virgen de la Leche, Hans Memling. Bruselas, Musées Royaux des Beaux-Arts de Belgique.

perante y aún de la complicidad con el mismo por parte de algunas mujeres, y no sólo de antaño. Las mujeres influyentes ejercieron y ejercen “un” poder.

Sin embargo, la influencia, fenómeno potentísimo, puede ser, al mismo tiempo, muy frágil y está condicionada en su ejercicio. El poder puede mantenerse mediante coacción si fuera preciso –se impone–; la autoridad se cimienta en la aceptación y el reconocimiento de los otros y de las otras –se concede, se otorga–; pero la influencia, por su parte, está a merced de que el otro, la otra o el grupo se sienta a gusto, es decir, suficientemente satisfecho en sus

aspiraciones y en sus necesidades, de forma que incluso sin existir grandes presiones exteriores, una frustración considerada inadmisibles o desencantos y desilusiones más leves, pero reiterados, pueden acarrear la pérdida de influencia a quien antes la tuvo. Consejeros, validas, validos y amantes reales, por ejemplo, supieron mucho de esto.¹⁷

17. La vulnerabilidad de los consejeros en tanto personajes autorizados e influyentes, pero no poderosos, es advertida en diferentes obras juanmanuelinas. El asesor de quien ostenta el poder es personaje influyente que ocupa una posición muy difícil. Vid. M^a Carmen GARCÍA HERRERO, “La educación de los nobles en la obra de don Juan Manuel”, *La familia en la Edad*

La influencia, en gran parte, se mueve en el delicado y resbaladizo terreno de los afectos, y la necesidad –ahora no hablo de aspiración– de amar y ser amado/a suele ocupar un lugar significativo en la escena.

Quienes influyen, y mientras gozan de influencia, ejercen *un* poder. Ellos y ellas podrían negar o retirar el apoyo, el amor, la aprobación, la valoración, el reconocimiento, la admiración o lo que quiera que la persona influida necesite y busque. De algún modo, pues, adquieren *un* poder, puesto que tienen la capacidad de “dictar normas” –con frecuencia no explicitadas, lo que puede generar inseguridad– y de castigar. Por otra parte, la opinión, criterio y actitudes de las personas influyentes poseen, como dije, un gran peso.

De las posibles influencias femeninas, estimo que la cultura dominante en la Edad Media aceptó, sobre todo, la materna. Soy consciente de que no resulta fácil deslindar autoridad e influencia –tan cercanas, tan mezcladas– en los textos, pero creo que leerlos con las observaciones propuestas puede aportar luces nuevas para la comprensión y deslinde de estos fenómenos, en los que la aplicación de la clave explicativa de las aspiraciones y de las necesidades propicia mayor claridad. Intentémoslo con algunos ejemplos.

En el capítulo XIV del Libro I de *La ciudad de las damas*, Razón y Cristina debaten sobre el tema del cuerpo femeni-

no, el valor y la fuerza física. La Dama Razón asegura a Cristina que:

Dios y Naturaleza han hecho un favor a las mujeres dándoles la debilidad, ya que gracias a ese defecto que tampoco es muy ingrato, no tienen que cometer horribles torturas, asesinatos y crueles exacciones que Fuerza ha mandado y sigue mandando acometer cuando ella señorea este mundo. No tendrán que padecer los fulminantes castigos que atraen esa suerte de actos. Ciertamente, a más de un hombre fuerte le hubiese valido peregrinar bajo el débil cuerpo de una mujer.¹⁸

En este y otros pasajes de la obra maestra del siglo XV se evidencia la repugnancia secular de muchas mujeres a lo largo de la Historia hacia la guerra y los enfrentamientos armados.¹⁹ Algo que no es exclusivo de las mujeres, pero que es un terreno en el que las voces y los gestos femeninos se han multiplicado en diferentes épocas. A medida que avanza la investigación histórica van haciéndose visibles más mujeres que han mediado o intentado mediar para evitar las confrontaciones bélicas.²⁰

18. Cristina de PIZÁN, *La ciudad de las damas*, ob. cit., p. 35.

19. Queda en el aire la pregunta que Luisa MURARO se hace en “Autoridad sin monumentos”, *Duoda*, 7, (1994), pp. 86-100, p. 95: “Me he preguntado siempre por qué las mujeres, ante la perspectiva de conflictos reales entre hombres, muy raramente han hecho algo para impedirlos”. Volveré a esta motivadora e interesante reflexión de Muraro más adelante.

20. *Vid.*, por ejemplo, dos trabajos recientes de sendas historiadoras españolas referidos al periodo medieval: Ángela MUÑOZ FERNÁNDEZ, “Semper pacis amica. Mediación y práctica política (siglos VI-XIV)”, *Arenal*, vol. 5, nº 2, (1998), pp. 263-276,

Media, XI Semana de Estudios Medievales. Nájera 2000, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2001, pp. 39-91, especialmente “Los Educadores: Límites y Cualidades”, pp. 58-68.

No obstante, dentro de un discurso que no regatea realidad –y de ahí también su grandeza–, sino que sabia y humildemente²¹ se ajusta y reajusta a ella las veces necesarias, Razón expone a Cristina:

se han visto muchas mujeres a lo largo de la historia que demostraron a las claras este valor, esta fuerza emprendedora para llevar a cabo las más audaces misiones, que suele destacarse en los conquistadores y más afamados guerreros, esos mismos de los que tanto hablan los libros.²²

Se destacan a continuación las actuaciones de diversas mujeres que personalmente,²³ o dirigiendo a otros, han utilizado las armas en muchas ocasiones para defender lo que era o consideraban suyo y se encontraba amenazado,²⁴ y

y Ana VARGAS MARTÍNEZ, “Lo que está vivo puede llegarnos. Una lectura desde la diferencia sexual de los tratados escritos por hombres en favor de las mujeres (Corona de Castilla, siglo XV)”, en VV. AA., *De dos en dos. Las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana*, Madrid, 2000, pp. 81-101, especialmente, pp. 91-92.

21. Humildad entendida precisamente como rendición ante la realidad, es decir, sencilla aceptación de lo que es.

22. Cristina de PIZÁN, *La ciudad de las damas*, ob. cit., p. 36

23. Cabe recordar que la propia Cristina de Pizán dedicaría su última obra a la Doncella de Orleans, *Le ditié de Jehanne d'Arc*, el único libro sobre Juana escrito mientras ella vivía.

24. La diferenciación entre la guerra para la propia defensa y la guerra civil aparece claramente en el discurso de Hortensia del año 42, recogido por Apiano, sabias y bellísimas palabras de esta mujer que habló en nombre de las aristócratas que se negaban a pagar un impuesto exigido por el gobierno para la guerra civil. La reproducción del fragmento en M^a Milagros

es en esta galería de valerosas mujeres guerreras en la que Lilia, madre de Teodorico, protagoniza un episodio de extraordinario interés, que, dada su brevedad, copio textualmente:

Aunque ella no luchó con las armas en la mano, no es menos digno de alabanza el valor de esa noble dama Lilia que amonestó a su hijo Teodorico, esforzado caballero, para que volviera al combate. Ahora te contaré su historia. Teodorico era en aquel momento uno de los grandes caballeros de la corte del emperador de Constantinopla. De muy hermosos rasgos y aguerrido caballero, era además muy instruido gracias a la educación que le había dado su madre.

Un día los romanos se vieron atacados por un príncipe, llamado Odoacro, que tenía el propósito de destruir toda Italia. Ellos requirieron entonces la ayuda del emperador de Constantinopla, que les mandó un ejército encabezado por Teodorico, que era el más destacado caballero de su corte. Fue entonces cuando ocurrió lo siguiente: en plena lucha la suerte de las armas se volvió contra Teodorico que presa del pánico emprendió la huida hacia Rávena. Cuando su sabia y enérgica madre, que había estado observando la batalla, vio cómo huía su hijo, le invadió una profunda pena pensando que no había mayor infamia que abandonar el campo de batalla. Pudo más su dignidad que el amor materno –hubiese preferido una muerte honrosa para su hijo–, así que corrió a su encuentro para suplicarle que detuviera tan des-

RIVERA GARRETAS, *Textos y espacios de mujeres. Europa, siglo IV-XV*, Barcelona, Icaria, 1990, pp. 35-36.

honrosa huida y juntara a sus hombres para volver a luchar. Como sus palabras quedaban sin efecto, enfurecida e indignada, se levantó el vestido por delante y le gritó:

—¡Quieres huir, hijo, vuelve entonces al vientre que te llevó!

Tan humillado se vio Teodorico que detuvo la huida, juntó a sus tropas y volvió a la batalla, donde aguijoneado por la vergüenza que le produjo la amonestación de su madre combatió esforzadamente hasta derrotar al enemigo y matar a Odoacro. Así, Italia entera, a punto de caer, fue salvada por el acierto de una mujer, y me atrevería a afirmar que el honor de la victoria más que sobre el hijo debiera recaer sobre la madre.²⁵

Desconozco por qué vía llegó a conocimiento de Cristina este interesante episodio. En la obra de Boccaccio, *De claris mulieribus*, el precedente más citado de *La ciudad de las damas*, no se menciona a Lilia.

Por otra parte, en los textos altomedievales la madre de Teodorico, Lilia, recibe diversos²⁶ nombres: Jordanes la nombra Ereliva, el *Anónimo Valesiano*, Hereleuva; Gelasio, Erelieva, que además aporta el dato de que a raíz de su

conversión al catolicismo y de su bautismo pasó a llamarse Eusebia.

Lilia, que fue concubina del rey ostrogodo Teodomero II, y en alguna ocasión recibió el apelativo de *regina*, tuvo autoridad y capacidad de influir en su hijo, según dos cartas dirigidas a ella (*sublimitas tua*) por Gelasio, en los años 495 y 496,²⁷ y por los datos que sobre su persona aporta Enodio en el *Panegírico a Teodorico*, obra en la que dicho autor la califica de santa (*sancta mater*).²⁸

Sin embargo, la actuación notable y concreta referida por Cristina de Pizán no parece haber dejado huellas en las fuentes coetáneas que han llegado hasta nosotros. Un elemento del texto, la muerte de Odoacro, llevaría a situar cronológicamente los acontecimientos narrados en el año 493, cuando el héru lo perdió la vida tras haber sido sitiado en Rávena, por Teodorico, desde el 489. No obstante, en el fragmento, probablemente se recoge y reelabora una tradición oral que sintetiza diversos hechos históricos acaecidos a lo largo del tiempo ubicándolos en “un día”. La mera mención de que Teodorico huye hacia Rávena, y no de Rávena, invita a pensar que la futura y espléndida corte de Teodorico en dicho lugar cobra protagonismo en la mente de la escritora o de la tradición que Cristina continúa, colocando al ostrogodo en la ciudad —su ciudad-refugio en el texto— aún antes de haberla tomado. Sin embargo, no es el grado de exactitud histórica del pasaje lo que me interesa en esta ocasión, sino la presentación del mismo, el trato que en él reciben las figuras de Lilia y Teo-

25. Cristina de PIZÁN, *La ciudad de las damas*, ob. cit., pp. 56-57. Realicé una primera indagación sobre este texto en “Lilia à son fils: autorité, parole et geste”, *Paroles de femmes dans les guerres*, Universidad de Nantes, 2001, (las actas continúan en prensa).

26. He podido rastrear a Erelieva gracias a la obra de J. R. MARTINDALE, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, vol. II, A.D. 395-527, Cambridge University Press, 1980, p. 400.

27. MGH (AA), XII, pp. 390-391.

28. ENNODIUS, *Panegyricus Theodorici*, MGH (AA), VII, pp. 207-208.

dorico y el análisis del vínculo materno filial que se nos muestra dinámico, poderoso y lleno de matices en la obra del siglo XV.

Lilia puede ocupar por derecho propio un lugar entre las mujeres fuertes. Cristina la describe como valerosa, sabia, enérgica, amorosa y digna. Una madre modélica que ha nutrido a su hijo,²⁹ el cual, en la adultez, destaca como varón hermoso, guerrero aguerrido y esforzado, y hombre muy instruido gracias a la educación que ella le ha proporcionado. De esta forma Cristina de Pizán conecta directamente la valía del hijo con la figura materna, pues cabe pensar sin excesiva fantasía que Teodorico fuera heredero, al menos en buena parte, de la belleza de su madre –no olvidemos que era una concubina real–, además de receptor de su labor educativa. Lilia se encuentra en el origen de la mayoría de las virtudes del héroe. Es más, en el pasaje escogido se evidencia como en el tercer grupo de cualidades que hacen sobresalir a Teodorico, en esta ocasión como guerrero,³⁰ la intervención materna va a ser definitiva para que este no pierda ni su coraje ni su capacidad de discernimiento y perseverancia, sino para que los habite, los mantenga, permanezca firme en ellos e incremente su fama: el es el primer caballero de la corte.

29. Me refiero a nutrir en el doble sentido de alimentar física y moralmente, tal como Alicia, la madre de San Bernardo, auténtica *alma mater*, aparece retratada en *La Leyenda Dorada* de Jacobo de Vorágine, texto conocido y manejado por Cristina de Pizán.

30. Lo que remite a una tradición secular de varones que forman a varones. M^a Carmen GARCÍA HERRERO, "La educación de los nobles...", ob. cit., pp. 43-46.

En el retrato que Pizán transmite de Lilia no sólo se escucha la voz de la autora alabando una lucidez episódica, sino que, de algún modo, queda abierta la posibilidad de que la influencia de Lilia, madre cimentadora –generadora y sustentadora de civilización–, sea una baza importante del reinado excepcionalmente largo, humanizador y feliz de su hijo. La admiración de los intelectuales de la época hacia ella respalda esta hipótesis.

En el fragmento textual Lilia aparece contemplando la batalla.

Cuando en un momento crucial de la misma la suerte se muestra adversa y el hijo inicia la huida, en el interior de Lilia se libra también un penoso combate entre dignidad y cumplimiento y amor materno, una pugna que gana la primera. Porque para la madre, que se encuentra profundamente conmovida por lo que ve, resulta insoportable la deserción del hijo y preferiría su muerte honrosa al incumplimiento de su misión, de manera que, adulta y autorizada, corre hacia él y le recuerda su deber.³¹ Apresuradamente Lilia alcanza a su hijo y le habla. Mediante las palabras, acaso las mismas que ella le ha enseñado en la primera infancia, le suplica que se detenga y le explica lo que tiene que hacer. Pero su razonamiento no tiene eco porque es recibido por un niño, ya que el miedo ha devuelto a Teodorico a la niñez, y el hombre, achicado por lo inmediato del peligro, probablemente no es que no quiera, es que ni siquiera puede oír y menos escuchar.

31. Interesa la lectura sobre el "imperativo materno", Diana SARTORI, "Tu devi". Un ordine materno", DIOTIMA, *Oltre l'uguaglianza. Le radici femminili dell'autirtà*, Nápoles, Liguori Editore, 1995, pp. 5-30.

Poco más de treinta años después, en el contexto de la revuelta de la Victoria, iniciada el 18 de enero del año 532 en Constantinopla, otras palabras de mujer que también optaban por una muerte honrosa antes que por la huida, sí fueron atendidas, en este caso por su marido. Procopio de Cesarea, cuya mezcla de antipatía y fascinación por Teodora es evidente, en un fragmento del Libro I *De la guerra de los persas*, deja testimonio de la arenga de la emperatriz en un momento decisivo de la historia de Bizancio. El pueblo se ha sublevado y Justiniano y sus consejeros, atrincherados en el palacio, han preparado las naves para abandonarlo todo y salvar la vida. En ese momento Teodora interviene y aborta, mediante su discurso, lo que considera una ignominia indigna de la púrpura.³²

Teodora fue atendida por Justiniano, pero Teodorico no recibió los argumentos de la madre y fue entonces cuando Lilia, enfurecida e indignada, recurrió a su cuerpo como fuente de autoridad y de influencia. Ante la palabra desoída, la exhibición del cuerpo materno y con él de la deuda contraída con la madre, facilita la influencia. Levantándose el vestido por delante la madre muestra al hijo el lugar de su formación mientras le espeta: *¡Quieres huir, hijo, vuelve entonces al vientre que te llevó!*.

El gesto y las palabras directas que lo acompañan hacen reaccionar a Teodorico, que recobra la madurez, detiene su fuga, reagrupa a las tropas y regresa a la batalla para lograr la victoria. El vocativo “hijo” suaviza la amonestación, al

32. El fragmento de este discurso en RIU, BATLLE, CABESTANY, CLARAMUNT, SALRACH, SÁNCHEZ, *Textos comentados de época medieval (siglos V al XII)*, Barcelona, Teide, 1982, p. 226.

tiempo que recuerda al caballero con quién está hablando, con su madre, alguien que goza de autoridad e influencia ante sus ojos. Me interesa enfatizar que en el texto de Pizán la exhibición del claustro materno y las palabras son eficaces y pese a ser dichas con furor e indignación, no provocan parálisis, no son estériles, sino que inciden directamente en el lugar de la responsabilidad propia y estimulan a hacer “lo que se tiene que hacer”.³³ La madre, que conoce al hijo, le lanza un grito de movilización; el gesto y las palabras que, unidos, despiertan y activan un sentimiento básico en el proceso educativo bajomedieval: la vergüenza, que mueve los ánimos para realizar lo que cumple y facilita el abandono de lo impropio.³⁴

No obstante, el tema del ejercicio de la autoridad no es fácil, no lo era a principios del siglo XV, ni tampoco ahora. Al abordarlo parece que caminásemos sobre un campo minado.³⁵

33. Diferencio responsabilidad y culpabilidad. Asumir la propia responsabilidad encamina a la acción, mientras que la culpabilidad, tal como la estoy pensando, es un sentimiento que frena, repliega y destruye. Lilia hace que se mueva su hijo añiñado, consigue estimularle, no le carga con el fardo pesado y a veces paralizante de la culpa.

34. No es ahora el momento idóneo para afrontar el papel que la vergüenza juega en el texto de Pizán, como en tantos otros del período. Remito al artículo de Juan Manuel CACHO BLECUA, “La vergüenza en el discurso del poder laico desde Alfonso X a don Juan Manuel”, en J. M. Lucía [ed.], *Actas del VI Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Universidad de Alcalá de Henares, 1997, I, pp. 393-411. La condición limitativa de la vergüenza es afrontada en mi trabajo, ya citado, “La educación de los nobles...”, pp. 71-72.

35. *Vid.*, por ejemplo, las reflexiones de Lia Cigarini y de otras mujeres en “La autoridad

Cristina de Pizán lo sabe, y las cuñas explicativas que van salpicando su texto hacen que Lilia aparezca como madre autorizada e influyente, y no como la madre autoritaria que podría haber dibujado una mano menos sensible y sensata. Porque es cierto que una primera lectura fugaz del fragmento podría inducir a pensar que Lilia actúa desde la dominación, pero una revisión más atenta y abierta que permita calar la sutileza de la autora y de la mujer por ella descrita, nos entrega informaciones esclarecedoras respecto a su talante y su acción: el hijo, en ese momento concreto, no es un adulto a cuya inteligencia se pueda apelar —ella lo intenta en primer lugar y sin éxito—, sino un niño atemorizado, vulnerable y dependiente,³⁶ al que sólo puede ayudar una directividad clara y enérgica, fruto del amor y del compromiso.³⁷

Lilia no es la única madre que recurre a su cuerpo para manifestar autoridad y tratar de ejercer influencia. Otras madres, en otras situaciones en las que

feminina. Encuentro con Lia Cigarini”, *Duoda*, 7, (1994), pp. 55-85, espec. p. 72.

36. PRH, *La persona y su crecimiento*, p. 132.

37. Pienso en la “directividad de ayuda” tal como aparece definida por André ROCHAIS en *Cómo facilitar el crecimiento de las personas*, Madrid, P.R.H., 1985, p. 6: “El otro está desbordado por su problema. No puede tomar distancia de él y se encuentra sumergido hasta el punto de perder sus medios. Nos sentimos entonces investidos muy fuertemente de la responsabilidad del otro. Nos responsabilizamos de él para hacerle salir de su dificultad. Esta responsabilidad de él se manifiesta por unos consejos fuertemente apoyados, por órdenes e incluso por obligaciones. Esta directividad de ayuda se ejerce sobre todo respecto a los niños [...] Con las personas psicológicamente adultas, la directividad puede también ayudarles en momentos de fuerte depresión o de gran fatiga”.

también han necesitado ser oídas por sus hijos, han utilizado esta invocación a la maternidad encarnada para preparar la recepción de sus alocuciones o destacar su discurso, y resulta muy significativo que las partes del cuerpo mostradas sean aquellas que no dejan ninguna duda respecto a lo que se está apelando: autoridad y deuda con la madre. Así son los pechos y el vientre los que, enseñados al heredero, le recuerdan quién es el ser al que debe la vida. Resuenan de nuevo las palabras bíblicas que a la propia Cristina de Pizán le suscitaron una reflexión breve y hermosa: *¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amantaron!*

Es Homero, en el Canto XXII de la *Iliada*, quien ofrece un pasaje que fundamenta la *exhibitio mammarum* en la cultura de Occidente. Si Lilia enseñaba el claustro materno a Teodorico para impulsarle al combate, siglos antes Hécuba destapaba sus pechos ante su hijo Héctor para intentar disuadirle de la lucha. En la escena Héctor desoye las palabras de Príamo, su anciano padre, que le habla arrancándose mechones de canas, y vista la desatención filial, actúa Hécuba:

La madre de éste, que en otro sitio se lamentaba llorosa, desnudó el seno, mostróle el pecho, y derramando lágrimas, dijo estas aladas palabras:

“¡Héctor! ¡Hijo mío! Respeta este seno y apiádate de mí. Si en otro tiempo te daba el pecho para acallar tu lloro, acuérdate de tu niñez, hijo amado; y penetrando en la muralla, rechaza desde la misma a ese enemigo y no salgas a su encuentro”.³⁸

38. HOMERO, *La Iliada*, versión de L. Segalá, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, p. 231.

Pero a diferencia del fragmento de Pizán, en el de Homero la exposición del cuerpo y el discurso de Hécuba quedaron sin efecto y no lograron su objetivo, en este caso evitar que el hijo se entregara a un combate suicida.

Siglos después, San Jerónimo (muerto en 420) esperaba que la propia voluntad no se quebrantase y prosi-guiera en su empeño, pese a la fuerte presión que podían llegar a ejercer las madres, los padres y las personas amadas en un momento dado.

En la *Carta al monje Heliodoro*, San Jerónimo ofrecía una escena vívida en la que la madre y el padre, y después el preceptor y la nodriza, entre otros, intentaban convencer al hijo varón para que abandonase su opción de abrazar la vida religiosa. La exhibición de los pechos maternos cobraba protagonismo:

Aunque vuestra madre, con los cabellos en desorden, las ropas desgarradas, os mostrara los pechos que os amamantaron; aunque vuestro padre se tumbara sobre el umbral de la puerta, pisotead a vuestro padre, marchaos; corred sin lágrimas hacia el estandarte de la cruz. Ser insensible en semejante circunstancia es una forma de piedad...³⁹

La madre que llevó en el seno, dio a luz y amamantó, independientemente

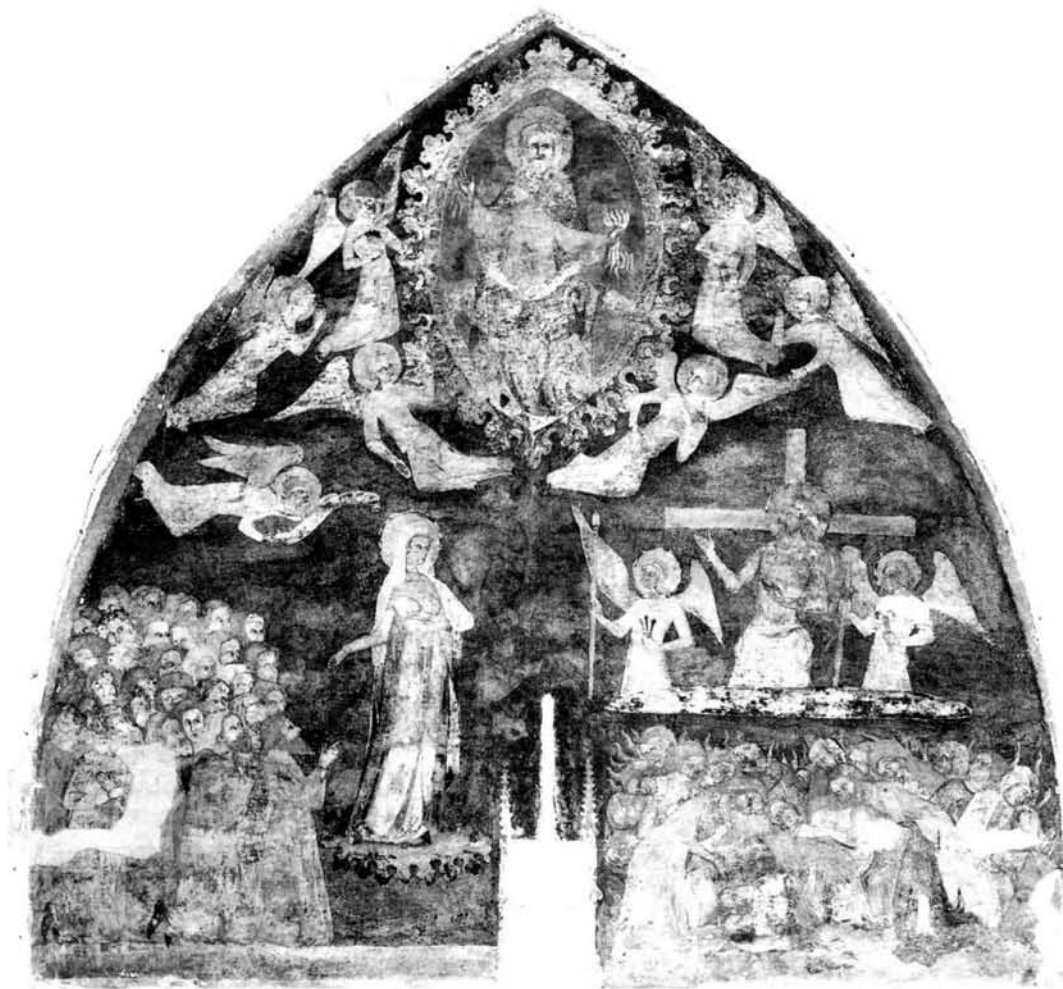
39. *Licet sparso crine et scissis uestibus ubera quibus nutrierat mater ostendat, licet in limine pater iaceat, per calcatum perge patrem, siccis oculis ad uexillum crucis uola! pietatis genus est in hac re esse crudelem...* (SAINT JÉRÔME, *Lettres*, t. I, Paris, Société d'Édition "Les Belles Lettres", 1949, p. 35, XIV Ad Heliodorum, 3, 17-21).

de que también lo hicieran nodrizas,⁴⁰ la mujer que enseñó a hablar durante la infancia, ocupa un papel relevante en el fragmento porque se supone que se encuentra especialmente cercana y dotada para influir en el muchacho cuyo débito con ella está presente, y cuyo amor y aprobación es muy probable que el hijo continúe deseando e incluso necesitando de alguna manera.

La *exhibitio mammaram* es un tema potente y de larga duración que se registra en diferentes épocas y culturas. En una obra del siglo XIII, *El libro secreto de los mongoles*, en la que se narra, entre otras gestas, la gran epopeya de Gengis Kan, el conquistador del mundo siente miedo y vergüenza ante madre Joguelun cuya vida nómada –años y años cabalgando por las estepas– le obliga a recoger y colocar sus mamas cuando se sienta.

Al ver a la madre, Gengis Kan se asustó, tuvo miedo a la madre. La madre llegaba enfurecida, bajó del carro, la madre misma desató, ella misma soltó las mangas de Jasar, atadas ya, ella misma dio a Jasar el gorro y el cinto, la madre airada, incapaz de dominar la furia, se sentó con las piernas

40. La madre modélica de la cultura bajomedieval es una madre nutricia, independientemente de que en la realidad no amamantara o lo hiciera por poco tiempo. No sólo el texto de San Jerónimo pone en escena a madre y nodriza, sino que bastantes siglos después, cuando don Juan Manuel quiere presentar a su madre como modelo, explica que ella le lactó mientras pudo, y sólo recurrió a la lactancia mercenaria cuando no tuvo más remedio (DON JUAN MANUEL, *El libro de los estados*, ed. de I. R. Macpherson y R. B. Tate, Madrid, Castalia, 1991, p. 197).



Juicio Final. Arcosolio funerario del obispo Miguel Sánchez Asiáin (1357-1364). Pamplona, claustro de la catedral.

cruzadas, se descubrió ambos pechos, los puso en las rodillas, habló así, dijo:

Mira bien. De estos pechos mamaste. Lobos son que mordieron ya la placenta y cortaron el cordón del ombligo. ¿Qué te hizo Jasar? Temujin no fue nunca capaz de vaciarme un pecho. Jachigún y Odchiguin no pudieron jamás vaciar ni uno siquiera entre los dos, Jasar me vaciaba los dos pechos, me llenaba de paz, me serenaba, sosegaba mi seno...

Tras esperar que se apaciguase la madre, Gengis Kan habló así, dijo así:

Viendo a mi madre airada, me asusté, tuve miedo. Me avergoncé, sentí vergüenza.

Dijo: Pongámonos en marcha.

Mas, sin que la madre lo supiera, fue quitando la gente a Jasar, con sigilo, hasta dejarle sólo mil cuatrocientos.

Mas súpolo la madre y envejeció de pronto y en seguida murió.⁴¹

El cuerpo de Joguelun es cuerpo que subraya. En el texto la virilidad se vincula a la capacidad de nutrirse, de vaciar el pecho materno que aparece como lugar de recuerdo e influencia.

Gengis Kan, que sabe ya a ciencia cierta la opinión y deseo de su madre mediadora y no se siente con ánimos de oponerse abierta y francamente, la contraviene en secreto intentando ocultar sus acciones. Sin duda operan autoridad e influencia y se provoca tensión; el hijo vive un conflicto –como posiblemente Héctor y el muchacho del texto de Jerónimo– y procura que la madre no se entere de lo que está decidido a hacer, pero la influencia, como se dijo anteriormente, es poderosamente débil, y en última instancia todo queda a merced de la voluntad de quien la recibe.

Creo que en esta condición de autoridad e influencia, pero sin poder jerárquico, radica una de las claves de la presunta y aparente ineficacia de muchas mujeres a lo largo de la historia a la hora de intentar evitar o parar las guerras. Mujeres que pueden intentar frenar los conflictos, pero que no siempre lo consiguen aun cuando hayan conmovido las conciencias.⁴²

No obstante nada más lejos de mi intención que menospreciar el fenómeno de la influencia femenina, en

este caso materna, pues aún en el supuesto de que el hijo desobedeciera o actuase en contra del deseo de su madre, la mediación de ésta es o podría llegar a ser significativa y potente. La Edad Media lo supo bien.

Al tener en cuenta este hecho pueden comprenderse mejor textos e imágenes como aquellas de las representaciones de la matanza de los inocentes en las que las madres de las criaturas, desesperadas, recurren a enseñar sus cuerpos cuando sus razones, súplicas y lamentos desgarrados son desoídas.

Algunas madres cuyos hijos están siendo o van a ser degollados, rompen sus vestidos y liberan sus pechos mostrándoselos a los soldados en un intento de recordarles que ellos también son hijos y que la destrucción de los cuerpos provoca un dolor infinito en las madres, en todas las madres normales, también en las suyas... De este modo, sirva de ejemplo, se plasmó en pintura mural al fresco la terrible escena, tal como se recreaba en el segundo tercio del siglo XIII, en Saint Martin de Aime, en Saboya.⁴³

También tuvo profundo sentido la proliferación secular, por todo Occidente, de las imágenes de la Virgen amamantando a Jesús. En muchas ocasiones la *Galactotrofusa* o *Maria Lactans* apareció sensatamente relacionada con el deseo de una buena muerte y de in-

41. *El libro secreto de los mongoles*, versión de J. M. Álvarez Flórez, Barcelona, Muchnik, 1985, pp. 184-185.

42. *Vid.* nota 19.

43. Conozco esta imagen gracias a Indalecio Gellida Zaera. Una reproducción de la misma puede encontrarse en Joan SUREDA y Enma LLANO, *El despertar de Europa. La pintura románica, primer lenguaje común europeo. Siglos XI-XIII*, Madrid, Encuentro Ediciones, 1998, p. 217.

intervención mariana en el destino del cristiano o cristiana en el Más Allá.

Si María había conseguido influir a Jesús hasta el punto de forzarle a realizar su primer milagro en las bodas de Caná antes de que le llegara lo que el Nazareno entendía que era “su hora”,⁴⁴ sin duda –se razonaba– la intervención de la Virgen podía ser definitiva para conseguir el perdón de los pecados, y más cuando se apelaba a Ella en su condición de madre que nutre, de *Alma Mater*:

Abundantes fuentes medievales dejaron testimonio del amor y deleite experimentado por Jesús Niño al mamar de los benditos pechos de María,⁴⁵ de modo que, ante la proximidad de la hora postrera, resultaba opción inteligente recordar al Salvador lo mucho que debía a su Madre. Ella era el puente autorizado para llegar a Dios y la garante de que la súplica del pecador o la pecadora sería escuchada, por lo tanto no es de extrañar que con asiduidad el tema de la Virgen de la Leche y de la exhibición de las mamas de María se asociara al arte funerario.

Entre los muchísimos hombres y mujeres devotos de María que en los si-

glos bajomedievales apelaron a Ella también al final de sus vidas, se encontró el obispo don Miguel Sánchez de Asaiín, que ordenó su sepultura en el claustro de la catedral de Pamplona. En el magnífico monumento sepulcral se pintó una doble intercesión: Cristo mostraba sus llagas y la Virgen exhibía sus pechos. Apiñados y expectantes, protegidos tras la bella y fuerte María que, sin Niño lactante, sujetaba una de sus mamas con gesto indubitable, los pecadores arrepentidos esperaban ser perdonados y salvados por su labor mediadora.⁴⁶ Nos hallamos ante la culminación de la autoridad e influencia materna, subrayada por el cuerpo y puesta al servicio de la empresa más importante y trascendente que imaginarse pueda: la redención humana.

Así pues, como en los viajes con retorno, volvemos al punto de partida, al seno bendito que posibilitó la Encarnación de Dios y a los pechos dichosos que alimentaron física y espiritualmente al Hijo del Hombre. Algo muy arraigado y poderoso, mucho, tanto que el Concilio de Trento prohibió que en lo sucesivo se realizaran este tipo de representaciones marianas.

44. Juan, 2, 1-11.

45. Recoge textos castellanos sobre este particular, Juan Manuel CACHO BLECUA, “Nunca quiso mamar lech de mugier rafez (Notas sobre lactancia. Del Libro de Alexandre a Don Juan Manuel)”, *Actas del I Coloquio de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Santiago de Compostela, 1985, pp. 209-223. Me he ocupado de la madre que nutre, la lactancia y la leche en diversas ocasiones. En el citado “La educación de los nobles...”, pp. 49-52 retomo la cuestión y cito algunos de los trabajos anteriores.

46. El sepulcro, actualmente en el Museo de Pamplona, es estudiado por M^a Carmen LACARRA DUCAY, *Aportación al estudio de la pintura mural gótica en Navarra*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1974, pp. 308 y ss.